

Gabriel Celaya

EN UN LUGAR  
CUALQUIERA,  
UN DÍA QUE NO  
NOMBRE

(TRES POEMAS INÉDITOS SOBRE  
FEDERICO GARCÍA LORCA)

EDICIÓN DE ANTONIO CHICHARRO



## **INTRODUCCIÓN**



*Para José Manuel Ruiz Martínez  
o la temprana sabiduría sobre las puertas de  
los libros y las estancias de la literatura*

Hace tiempo que, consultando los fondos documentales depositados en su día por Gabriel Celaya en el Koldo Mitxelena Kulturunea de San Sebastián, me encontré con tres poemas inéditos escritos en memoria de García Lorca con ocasión de su trágica muerte, emocionados poemas de los que di noticia en la sección “La Aguja del Navegante”, sección que mantuve durante cierto tiempo en el suplemento *Artes y Letras* del diario granadino *Ideal*<sup>1</sup>, y que hoy doy a conocer en su totalidad en recuerdo de los dos poetas y como

<sup>1</sup> “Un día que no nombro”, Granada, *Ideal. Artes y Letras (Suplemento de Cultura)*, 8 de agosto de 2000, p. 5. Reimpreso en mi libro, *La aguja del navegante (Crítica y Literatura del Sur)*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses de la Diputación Provincial de Jaén, 2002, pp. 130-132.

testimonio de su temprana amistad gestada en la Residencia de Estudiantes.

La verdad es que creía conocer todo lo que el poeta vasco había publicado sobre Lorca. Así sus artículos de 1948, 1964, 1966 y 1976<sup>2</sup>, en los que trataba sobre todo del aspecto humano del granadino y recordaba sus encuentros, deslizando algunas muy agudas observaciones sobre su poesía. Pero ignoraba la existencia de estos textos poéticos que Celaya guardó para sí. El primero de ellos, titulado “Elegía del muerto juvenil” y dedicado a Federico García Lorca, está fechado en Zaragoza, el 19 de diciembre de 1938<sup>3</sup> (Celaya se encontraba en la ciudad

<sup>2</sup> “García Lorca en San Sebastián”, *La Voz de España*, San Sebastián, 2 de mayo de 1948; “Last encounter with Lorca”, *The Massachusetts Review*, Massachusetts, Summers (traducción de José Yglesias), 1964; “Un recuerdo de Federico García Lorca”, *Realidad*, Roma, abril, 1966; y “Recordando a García Lorca”, *El País*, Madrid, 10 de junio de 1976.

<sup>3</sup> Lo di a conocer en “«Elegía del muerto juvenil», poema inédito de Gabriel Celaya en memoria de Federico García Lorca”, en *Solo de amigos. Homenaje al poeta José G. Ladrón de Guevara*, Granada, Dauro, 2005, pp. 28-31.

aragonesa tras haber sido “recuperado” por el ejército insurgente, tal como dejé escrito<sup>4</sup>). El poema forma parte de un conjunto de textos poéticos inéditos, escritos entre 1936 y 1944 y agrupados bajo el expresivo título de *Canciones en el aire*. Los veintiocho versos polimétricos, con numerosas asonancias, se agrupan en siete estrofas de tres y en una final de cuatro, con las que el poeta va planteando *in crescendo* su elegía por la joven vida truncada, por la sonrisa rota, por el esperanzado y cotidiano renacer a que estaba abocado y ya quebrado para siempre.

El segundo poema, sin titular, cuyo último verso da título a la presente publicación, aparece fechado en San Sebastián el 3 de julio de 1947 –coetáneo en la práctica de su primer artículo sobre el poeta de Granada<sup>5</sup>– y forma parte de

<sup>4</sup> *Estudios sobre Gabriel Celaya y su obra literaria*, Granada, Universidad de Granada, 2007.

<sup>5</sup> El artículo, titulado “García Lorca en San Sebastián”, es el siguiente: “Hace ahora doce años, Federico García Lorca vino a San Sebastián para dar una conferencia. // Como Oscar Wilde y Gabriel d’Annunzio, Federico pertenecía a ese tipo de hombres que se superan a sí

una abultada serie de textos agrupados en un legajo bajo el título de *Poesía (1945-1952)*. En cuatro estrofas de cinco versos, en los que sobresalen los de larga andadura, y con el martilleo del estribillo “Recuerdo a Federico”, el Celaya de perfil realista va desgranando los recuerdos del amigo asesinado, los rasgos de su personalidad y

mismos cuando hablan. No era precisamente un improvisador. Cuando una de sus frases o de sus anécdotas tenía éxito, la repetía, completándola y matizándola, hasta convertirla en una estupenda, aunque pequeña y efímera, obra de arte. En realidad, era un actor: Actor de hecho, como reconocerán cuantos le vieron sobre las tablas, tablas, pero, sobre todo, actor que se representaba a sí mismo. Oyéndole, sus fantásticas mentiras, sus exageraciones y –para hablar su mismo lenguaje– sus «disparatones» resultaban más verdaderos que la verdad. Todo contribuía a ello: Lo que decía y el modo de decirlo. El tono, el gesto y la simpatía que emanaba de él tanto como sus palabras. Por eso cuantos tuvieron ocasión de oírle charlar tienen la impresión de que el Federico que nos ha quedado en los libros, aunque magnífico, sólo es una pálida sombra del que ellos conocieron. Y quizás por eso yo conservo un recuerdo imborrable de los ensayos de su guiñol, las tertulias de Chiki, y, sobre todo, el recuerdo de aquella mañana de primavera de hace doce años en que tanto charlé con él y con aquel



las cualidades que le adornaban, concluyendo con el recuerdo de los diez años de tierra que pesan sobre el poeta que ha quedado con un boquete seco

*nadie sabe por qué, y eso es lo más terrible,  
en un lugar cualquiera, un día que no nombro.*

donostiarra de excepción que se llamó José Manuel Aizpurua. // En 1936, Federico era ya célebre y había empezado a conocer la amargura de que, como se ha dicho, la gloria sea siempre el resultado de una suma de malentendidos. Los recitadores melodramáticos que propagaban sus poemas menos líricos, los imitadores que tomaban el rábano por las hojas y esas cancióncillas de un mal llamado folklore, que estos últimos años ha llegado a convertirse en plaga. Y tratando de defenderse de ciertos equívocos, aquella mañana que ahora evoco, Federico me dijo una frase llena de sentido «El romancero gitano no es gitano, es español». // Y digo que esta frase está llena de sentido porque lo gitano nunca fue para Federico pintoresquismo o color local. Calando «jondo» en el subsuelo de su milenaria Andalucía y abriendo, anchas, sus sensibles raíces, encontró, con un eco de la protohistórica pero ya imperial Tartessos, la secreta unidad de esas contradictorias y palpitantes corrientes que hacen tan rica nuestra cultura. Unidad de perfecta estirpe hispánica. Y unidad tan lograda que cuando

A este mismo núcleo de poemas pertenece el titulado “Memoria de Federico”, escrito en el mes de agosto de 1949. Los treintaisiete versos del mismo, mecanografiados y con añadidos manuscritos, se distribuyen desigualmente entre las dos partes del poema cuya estructura octosilábica intensifica la narración del asunto central del texto, el fusilamiento y muerte del poeta. Para ello, Gabriel Celaya se sirve intertextualmente del romance lorquiano “Muerte de Antoñito el Camborio”, que forma parte precisamente del libro que sirvió de ocasión del comienzo de la amistad entre los dos poetas, *Romancero gitano*, haciendo uso de los versos 37 y

uno recorre el *Romancero gitano* pasa, casi sin advertirlo, de la Andalucía decimonónica a lo puramente árabe, a lo romano (o romano-cristiano en Santa Olalla), a lo medieval de «Don Pedro a caballo». // ¡Quién pudiera reproducir ahora aquellas frases que Federico prodigaba una mañana en 1936! Sólo su cáscara ha quedado en mi memoria: «El *Romancero gitano* no es gitano, es español». Pero esto, aun con ser muy poco, basta para comprender la diferencia entre el nuevo «andaluz universal» que él fue y esos imitadores dados a un costumbrismo de corto vuelo y a la explotación de un efímero y superficial color local.

38, con el obvio y oportuno mantenimiento del mismo personaje poético –Federico García– y, eso sí, un cambio de verbo de inequívoco sentido y proyección. Así los dos versos del romance de García Lorca en los que Antoñito el Camborio pide ayuda

–¡Ay, *Federico García,*  
*llama a la Guardia Civil!*

dan pie, por duplicación, a los cuatro primeros de la segunda parte del romance de Celaya

*¡Ay, Federico García,*  
*quién lo podía decir!*  
*¡Ay, Federico García,*  
*muera la Guardia Civil!*

Pero no acaba aquí el uso intertextual de ese poema, ya que recupera completos los versos 27 y 28, con una variante necesaria –la narración de Celaya no incluye diálogos– de *mí* por *ti*. Así dice Antoñito el Camborio en primera persona:

*Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.*

Así dice el sujeto poético en el de Celaya:

*Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en ti.*

Este sujeto poético, soporte de voz colectiva, va mostrando su rabia e indignación, una indignación orientada hacia la Guardia Civil, lo que justifica ese cambio verbal comentado, como consecuencia del desconocimiento que hubo durante décadas de las circunstancias reales en las que se produjo el asesinato del poeta de Granada, circunstancias que comenzaron a desvelarse, hasta donde ha sido posible hacerlo, décadas después por parte de estudiosos e hispanistas, como es de todos conocido.

Es de notar que entre el último de los versos citados y el siguiente (transcribo la copla entera) se produce un caso de compensación métrica,

*Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en ti  
un sepulcro como tu nombre  
y una unidad de raíz*

pues la sílaba que le falta al verso 2 es la que, aparentemente, le sobra al 3. La falta de coma al final del verso 3, que indica una continuidad de la línea melódica, puede interpretarse también como sinafía (sinalefa entre versos). El fenómeno pervive, sobre todo en las coplas populares, y remite a los hábitos del canto y del recitado, poesía oral por tanto, más que a la lectura muda con los ojos. (Véase José Domínguez Caparrós, *Diccionario de métrica española*, Madrid, Alianza, 1991, 3ª edición, entradas **compensación** y **sinafía**).

Si rompo la clausura de estos versos es para avivar el recuerdo de un día cualquiera que yo tampoco nombro. No olvidemos que los seres humanos nos construimos de nuestra memoria. Resulta, pues, imposible olvidar el asesinato de un poeta como no podemos permanecer impasi-

bles ante la muerte de nuestros semejantes a manos de la bestia fascista humana. Es el mejor modo de hacer la vida y poder nombrar y hacer habitables los días.

Antonio Chicharro.



## ELEGÍA DEL MUERTO JUVENIL

*A Federico G<sup>a</sup> Lorca*

Has muerto. Y todavía  
te envolvías en un aire tembloroso  
de promesa y sonrisa.

Has muerto. Y todavía  
tu risa era un torrente  
de vida no vivida.

¡Oh corazón que, ligero  
flotaba como un niño adormecido  
sobre el agua cambiante del momento!

¡Oh corazón nunca hastiado,  
no cargado de dolores y experiencia,  
no maduro ya de muerte y preparado!

¡Oh corazón, cada día  
nuevo como la maravilla  
de la vida rubia que, imprevista

nace con un rumor de frondas y carreras  
y persigue, y burla, escapa  
y vuelve, y ríe, y tiembla!

Has muerto. Y todavía  
brillaba en tus ojos la sorpresa  
de vivir, de tener

un nombre, un cuerpo, un tiempo,  
un amor no agotado  
para esta variedad de días claros.

Has muerto. Has muerto, compañero  
y hoy todavía te veo  
aturdido, preguntando  
inocente, si es cierto.

Zaragoza, 19 Diciembre 38.



Recuerdo a Federico,  
su corazón que flota como ese niño ahogado  
en las aguas desiertas por una tarde lenta,  
su corazón sin aire  
para el vuelo que, loco, su amor le prometía.

Recuerdo a Federico,  
sus mentiras que siempre prefería a las verdades,  
sus exageraciones, fieramente evidentes,  
sus fábulas, su risa  
que ponía las cosas en su punto exacto.

Recuerdo a Federico,  
recuerdo su abundancia, su amor que derramaba  
generoso en mil cosas, palabras, animales, niños,  
amigos cualesquiera,  
relámpagos parados de su extasiada noche.

Recuerdo a Federico,  
recuerdo que en él pesan ya diez años de tierra,  
recuerdo que ha quedado con un boquete seco,  
nadie sabe por qué, y eso es lo más terrible,  
en un lugar cualquiera, un día que no nombro.

S. S. 3 Julio 47.



## MEMORIA DE FEDERICO

### I

Que no murió. Le mataron.  
Contra la cal de una tapia luminosa  
me lo dejaron clavado.  
–¡Por vuestras madres!– decía.  
Y los fusiles sonaron.  
En el vacío de España  
aún retumban los disparos.  
–¡Por vuestras madres!– decía.  
Y lo dejaron clavado  
diez pólvoras asombradas  
y una bruta voz de mando.

¡Decidme cómo, decidme,  
puede ocurrir tal espanto!  
¡Ay, hombres sin nombre y madre!  
¡Ay, sal seca y hueso amargo!  
Diez bocas estupefactas  
y un hombre que estaba al mando.

Nada más, ni nada menos.  
Sólo un vacío sin llanto.  
Y esta rabia que me grita  
que no murió; le mataron.




## II

¡Ay, Federico García,  
quién lo podía decir!  
¡Ay, Federico García,  
muera la Guardia Civil!  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en ti  
un sepulcro como tu nombre  
y una unidad de raíz.  
La sangre que se me agolpa  
quiere ahora hablar por ti.  
Toda la pena de España,  
todo este pus de raíz,  
y más allá de mí mismo,  
el pueblo que grita en ti:  
¡Ay, Federico García,  
muera la Guardia Civil!

Agosto de 1949





La presente publicación no venal  
auspiciada por el Patronato  
Cultural Federico García Lorca de  
la Diputación de Granada, se  
imprimió el 17 de agosto de 2008  
en la imprenta de la Diputación de  
Granada, con ocasión de la con-  
memoración del LXXII aniversa-  
rio del asesinato del poeta, gracias  
a la generosidad de Amparo  
Gastón, viuda de Gabriel Celaya, y  
Koldo Mitxelena Kulturunea de  
San Sebastián, siendo presidente  
de la Diputación de Granada y del  
Patronato Cultural Federico  
García Lorca, Antonio Martínez  
Caler; director del mismo,  
Alfonso Alcalá Moreno, con el  
asesoramiento de Antonio  
Carvajal Milena, director de la  
Cátedra Federico García Lorca  
de la Universidad de Granada.

Dibujo de la cubierta: original de Gabriel Celaya

Edición al cuidado del Patronato Cultural Federico García Lorca  
de la Diputación de Granada

© De los poemas: herederos de Gabriel Celaya

© De la edición literaria e introducción: Antonio Chicharro  
Chamorro

© Del dibujo de portada: Koldo Mitxelena Kulturunea de  
San Sebastián

© De la presente edición: Diputación de Granada, 2008

Imprime: Imprenta de la Diputación de Granada

Depósito legal: GR-1659-2008

Impreso en España